

su dinero en propagar la filoxera literaria á fuerza de juegos florales. Pero falta la más gorda, Bartolomé mío. La más gorda es la de la liga de contribuyentes, que se permitió la coquetería de premiar al autor del mejor soneto á la *Industria*. ¡No hay más allá! El autor resultó ser (como ellos dicen) un Sr. Rentero; como quien dice un poeta de pan llevar. Otro poeta premiado se llamaba Almendros y Campos, otro agraciado Alaminos (casi casi Alamo) y Arboledas, y el socio que leyó los versos, Parra; de modo y manera que no podía estar aquello más frondoso: Parra, Campos, Arboledas, Almendros, Alaminos, Rentero... la liga de contribuyentes... La poesía bucólica *en masa*. Ya ves, Bartolomé, que en un país de esta Fauna y de esta Flora poco pueden prosperar mis ideas disolventes. No temas, pues, y oye como quien oye llover lo mucho que yo tengo que contestar á tus malísimos tercetos, que Dios confunda. Y á tí te dé la gloria eterna. Amén.



LA TRIBUNA

NOVELA ORIGINAL DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

MERECER llama la atención de los que crean sinceramente, y con su por qué, en la influencia de la literatura sobre la vida social, lo que está sucediendo en España con la novela.

El influjo de lo que ya se llama en Francia nueva literatura, y Paillerón apellidaba hace pocos días escuela de insurrectos, es evidente en nuestras letras; pero lo extraño es que esa insurrección aquí la representan un Pérez Galdós, liberal templado, y con él Emilia Pardo Bazán, y Pereda, *laudatores temporis acti* (como diría Pedro Sánchez cuando era crítico); en buenas palabras, un par de *neos*. ¡Y tan *neos* como son en literatura! y Dios se lo pague.

Mientras muchos queridos correligionarios míos, que de puro liberales y hombres á la moderna hablan en francés, hacen ascos á la tendencia literaria que empieza á predominar, críticos como Menéndez Pelayo—inquisidor platónico—declaran en discursos tan excelentes como el suyo del Arte en la Historia, que tienen por verdad estética lo que constituye el dogma principal de ese naturalismo tan calumniado; y novelistas como Pereda y Emilia Pardo, católicos, apostólicos, romanos (y no sé si carlistas) escriben libros por el arte que inventaron, ó perfeccionaron al menos, los autores *insurrectos*, esos discípulos fieles de Balzac y de Flaubert.

Hace unos días que no hago más que tributar elogios, que creo muy justos, á escritores de la cáscara amarga (para mí es amarga la cáscara tradicionalista, ó como se llame). ¿Qué es esto, señores liberales? Vengan ustedes á la brecha; déjense de dramitas con *tesis* de papel pintado en tres actos y en verso, y acudan al peligro. Y ustedes señores críticos y revisteros (sucedáneos de los críticos) no hablen tanto de espectáculos insustanciales y atiendan al grito de Campoamor: «¡A los cascos! ¡a los cascos! dejad la arboladura.»

Miren ustedes, correligionarios míos, que Pereda en su *Pedro Sánchez* acaba de pintar de mano maestra, con vigorosa verdad, las ridiculeces de

nuestros revolucionarios del 54. Miren ustedes que Emilia Pardo, en *La Tribuna*, hace lo mismo—no con tanta maestría en lo cómico—respecto de los federales de nuestros días... ¡Y á todo esto, ustedes corrigiendo aberraciones sociales con cien páginas de redondillas! Quedan ustedes avisados. Y ahora no se diga que me he pasado al moro, porque además de haber hablado con entusiasmo de *Pedro Sánchez* elogio con calor *La Tribuna* de la ilustre galleta.

Un crítico pedía hace meses al naturalismo español más novelas y menos teorías (algo como aquello de «más industriales y menos doctores»), y la señora Pardo Bazán, después de publicar teorías tan bien pensadas como las de su *Cuestión palpitante*, da á la estampa su novela *La Tribuna* naturalista por todos lados.

Si algún día prospera tanto el género en España, que se pueda decir: este es el Balzac español, este el Flaubert, este el Daudet, etc., á la señora Pardo le convendrá la comparación con los Goncourt. De todos los novelistas del naturalismo, son los Goncourt los que más pintan y los que más enamorados están del color. La señora Pardo Bazán es de todos los novelistas de España el que más pinta: en sus novelas se ve que está enamorada del color y que sabe echar sobre el lienzo haces de claridad como Cláudio Lorena.

Un viaje de novios llamó la atención, sobre todo, por algunas escenas donde la luz y los colores parecen robados al sol y á las cosas del mundo; pues en *La Tribuna*, con haber mucho bueno, todavía es lo mejor el color, y la fuerza y corrección con que se emplea.

No soy amigo de narrar argumentos de libros, que el lector debe conocer; por lo general, estos extractos que hacen algunos críticos, parecen los que leen en estrados los relatores.

La Tribuna no es más que una cigarrera que se hace *federala*, predica en la fábrica, se deja enamorar por un teniente insulso, y tiene un hijo de estos amores el mismo día en que se proclama la República. Sin embargo, no es eso en rigor *La Tribuna*, aunque eso sería si tratáramos de procesarla.

Lo principal en este libro no son las personas por dentro, sino su apariencia y las cosas que las rodean.

Conocemos de Amparo, la protagonista, el color, el talle, hasta el diámetro de los cabellos: los pañuelos que usa, como se los ata al cuello; sabemos como piensa; qué parece cuando le da el sol en la cara, y lo muy guapa que está disfrazada de grumete. Pero en lo fisiológico, ó lo que sea, no llegamos á tales pormenores; el autor no da importancia á esto, tratándose de una niña, que es el producto espontáneo del aire libre y el aire liberal

que engendraron en una fábrica de tabacos una demagoga y un cuerpo bueno.

La Tribuna se enamora, y no mucho, de un caballero oficial que le dice que se casará con ella, y no se casa. Esta es toda la psicología de *La Tribuna*, amén de una escena de celos mezclados de orgullo, y de varios arranques patrióticos, que no se puede asegurar que sean cosa del alma, que serán á lo sumo del *alma del cuerpo*, quisicosa especial en que creen Enrique Ahrens y otros respetables filósofos.

Porque, no se piense que el autor se ha propuesto pintar la pasión tribunicia como puede ser en la mujer, arraigada, profunda, y haciendo cosas heroicas, no; Amparo es una muchacha vulgar, y nadie quiso otra cosa; y si á veces se acalora, y hasta se enternece con la causa de la federación, como cuando la ve representada en un anciano venerable, si á veces interesa mucho, todo ello cabe en las muchachas vulgares.

Un crítico (otro) ha dicho que Amparo, con su exaltación política, era poco verosímil. Yo he conocido muchas *tribunas* en los tiempos de la revolución, unas guapas y otras feas. No hay nada de inverosímil en el carácter de Amparo. No era el ánimo del autor pintar un ser excepcional, un caso teratológico, que también cabría en su sistema, cuanto menos un tipo abstracto, inverosímil. El

soplo de la vida está infundido en la heroína; es tal y como debe ser; buena para una hermosísima acuarela. Yo me figuro á *La Tribuna* destacándose con vivos colores sobre un fondo de marina... y oliendo á tabaco.

En los primeros capítulos parece que el autor quiere dibujar el perfil cómico de la revolución, según la entendió el pueblo en algunas provincias. Yo sentía esto, no por la revolución, que para eso ué, como la restauración, y como todo, para que el artista se sirviera de ella; lo sentía por la señora Pardo Bazán, que insistiendo en la sátira disimulada de la novela realista, se apartaba de su vocación, ó por lo menos dejaba en huelga sus mejores facultades. Además, para pintar el lado cómico de una cosa tan compleja como la vida política de un pueblo en revolución, y sobre todo, lo cómico del lado flaco, hace falta frecuentar lugares y tratar á personas que es imposible que frecuente y trate una señora que no se parece á Jorge Sand más que en el talento, y que es condesa de la nobleza pontificia.

Con el gran instinto de artista que tiene la señora Pardo Bazán se aparta en seguida de un camino, donde ella, por circunstancias extrañas á la literatura, no podía acertar como el cánón estético en que cree quiere que se acierte. Y así se la ve entrar en sus dominios en aquel capítulo en que se des-

cribe el banquete político de los federales. Lo que se refiere al elemento técnico (que diría cierto crítico), á los manteles, copas, manjares, luces, camarero, etc., etc., recuerda el inolvidable almuerzo de *Un viaje de novios*—lo mejor de Emilia Pardo con otro capítulo de *La Tribuna* que citaré luego—y lo que es especial de un banquete político popular está perfectamente *adivinado*, pues no es posible que la autora haya visto cosas por el estilo. Yo sí las he visto, y pienso volver á verlas en cuanto caiga Cánovas, y aseguro que está muy bien pintado el banquete federal. Allí mismo, sin poder remediarlo, la escritora, que parecía querer burlarse un poco de los pactistas y otro poco de *La Tribuna*, pinta un rasgo que enternece, al pintar el abrazo de Amparo y el teatral *sinlagmático* de la luenga barba.

Peró donde las facultades de la notable artista, que lo es Emilia Pardo, se manifiestan en todo su vigor, es en los capítulos *Tabaco picado*, *El Carnaval de las cigarreras*, y casi todos los que siguen, especialmente *Ensayo sobre la literatura dramática revolucionaria* y *Lucina plebeya*.

Lo mejor de lo mejor es *El Carnaval de las cigarreras*. Hay allí observaciones, pensamientos, rasgos, que sólo puede producir una mujer que por milagro de naturaleza, sin dejar de ser mujer, ni en un ápice, sea tan hombre como Emilia Pardo. Pocas escritoras hay que no sean ó *afeminadas* (como

es natural) ó algo *hombrunas*. Emilia Pardo piensa como hombre y siente como mujer. Solo así se puede describir aquella alegría de las cigarreras, aquella hermosura repentina de las feas; aquella gracia desinteresada de las mujeres que están solas. Ese, ese es el arte; ese es nuestro querido naturalismo, querido y calumniado; cuanto más calumniado más querido.

A pesar de tantos méritos, por lo que más me gusta *La Tribuna* es por las facultades que revela en su autora. Hay allí rasgos que parecen insignificantes, pero que son el signo que anuncia el talento de primer orden.

Pondré ejemplos tomados de cualquier página.

Cuando *La Tribuna* sale furiosa del teatro y se va á la calle Mayor dispuesta á romper los cristales á los de Labrado, se detiene ante aquella fila de edificios con galerías muy encristaladas. ¡Qué bien pintada está el *alma* de aquellas viviendas grandes, austeras en su egoísmo, *cerradas á los extraños, tan penetradas de su importante papel!*

El sexto sentido del novelista *insurrecto* se ve aquí, como se ve en la escena del palco entre Baltasar y la de García, escena muda para el lector y para *La Tribuna*, pero tan elocuente en sus gestos, tan bien copiada del natural.

Y en la escena del merendero, y en la del lugar agreste en que *La Tribuna* claudica, y en otros mu-

chos se comprende que si este libro no es tan *interesante* para todos como *Un viaje de novios*, está mucho más conforme con las ideas estéticas que cree y siente Emilia Pardo.

A la cual yo aconsejo, con la mayor sinceridad del mundo, que insista en escribir por el estilo de *La Tribuna*, novelas y más novelas, que serán cada vez mejores, cada vez más adecuadas á sus facultades nativas.

No llegará á ser entonces la mujer que escriba mejor en España, porque ya lo es; pero sí á rivalizar dignamente con las que hayan sido ó sean más célebres literatas fuera del reino.

